

**¿Y para qué poetas en tiempos del malestar?  
A propósito de *Hölderlin y la esencia de la poesía* de M. Heidegger (1)**

**And why poets in times of distress?  
About *Hölderlin and the essence of poetry* by M. Heidegger**

**Carlos Germán Celis E**

Candidato a Doctor en Études Romanes

Université de Provence. Aix Marseille – Francia

Magister en Semiótica

Universidad industrial de Santander

Director del grupo de investigación:

*Violencia, Lenguaje y Estudios Culturales*

Asociado Nueva Escuela Lacaniana (NEL Medellín)

**ccelis2@unab.edu.co**

**Artículo recibido el 8 de agosto del 2016**

**Aprobado el 31 de octubre del 2016 (2)**

## **Resumen**

El siguiente escrito ofrece una reflexión en torno a la importancia del lenguaje en su realización más propia, a saber, el encuentro con el otro en la conversación. Procura un contrapunto entre la lectura que hace el filósofo alemán Martín Heidegger en *Hölderlin y la esencia de la poesía* y el lugar que le otorga Freud al poeta en el *Malestar en la cultura*. Destaca el esfuerzo del trabajo con el lenguaje, el más cándido y peligroso de los bienes, y la labor del poeta como artesano que deconstruye con palabras el silencio eterno de los dioses y funda el ser del hombre en tiempos de crisis.

**Palabras Clave:** Lenguaje, malestar, poesía, arte, ser

## Abstract

The following paper offers a reflection on the importance of language in its own realization, namely, the encounter with the other in conversation. It makes a counterpoint between reading that makes the German philosopher Martin Heidegger in *Hölderlin and the essence of poetry* and the place that gives the poet Freud in *Civilization and Its Discontents*. The effort of working with the language, the most naive and dangerous goods, and the work of the poet as craftsman who deconstructs words the eternal silence of the gods and founds the human being in times of crisis.

**Key Words:** Language, malaise, poetry, art, self

*También la lectura que nos familiariza  
Con la poesía permite que la existencia  
Se vuelva habitable.  
Gadamer*

Una interrogación por la poesía como necesidad envuelve diversos problemas que atañen directamente a la existencia humana, a su habitar en el lenguaje y al mundo en que es posible. El esfuerzo por desocultar esta experiencia es lo que va quedando descrito en el análisis teórico que ofrece Heidegger, cuando se deja inquietar por la poesía de Hölderlin y emprende la búsqueda por lo fundamental de la esencia de la poesía. Dicha indagación no entiende lo esencial como universal sostenido a fuerza de comparaciones, procedimiento que llevaría a enfrentar diversas especies de poesía para dar con lo común y erigirlo en universal y válido para todas. Este caso resulta mejor entendido como una excepción, pues se reconoce en el poeta una obra “(...) inmadura y bruscamente interrumpida” (Heidegger, 1983: 55), pero con la particularidad de aquello que la sostiene y, a la vez, significa realización del lenguaje en la esencia de la poesía y del poeta.

Y ¿Cuáles son los tiempos del malestar? En 1930 bajo la amenaza y persecución nazi, el médico vienés padre del psicoanálisis, después de invertir más de media vida entregado a la escucha del sufrimiento humano, para el que la medicina del organismo sigue siendo claramente insuficiente, escribe un ensayo titulado *El malestar en la cultura*. Allí Freud da un testimonio de su tiempo y denuncia el orgullo del ideal científico y tecnológico puesto al servicio del poder y de la guerra. Pone al descubierto la fragilidad humana y la causa del sufrimiento volcada sobre lo que resulta insoportable para el hombre; a saber, ser testigo de la inevitable decadencia y destrucción del propio cuerpo y la imposibilidad de silenciar el dolor y la angustia; también, la omnipotencia de la naturaleza que amenaza con su fuerza destructora; y, finalmente, la incertidumbre que genera la relación con los otros, siempre tan desconocidos y frustrantes. Estas causas del malestar también se traducen en modos de satisfacción destructora propios de la especie humana. Lo cual, permite entender el ensañamiento del hombre sobre los recursos naturales, vitales incluso para el sostenimiento de su propia vida; su pasión por la guerra, la arrogancia en el ejercicio del poderío en nombre

del saber, la destrucción y dominación sobre los otros. Lo anterior, señala que el malestar no es propio de una época en particular, en guerra vive el hombre, lo que varía y la hace más o menos grave es la cantidad de muertos que la pulsión de muerte va dejando a su paso. Entonces los tiempos menesterosos parecen estructurales, la crisis y la angustia, son constitutivas de la vida humana como también lo es negarlas, y maquillarlas con delirantes e ilusas ilusiones de paz y felicidad.

Pese a la adversidad expuesta por Freud, puede leerse en el ensayo la presencia del poeta como un modo de satisfacción distinto y posible. Se trata ya no de un proceso destructivo sino creativo que tanto en el poeta como en el investigador se simbolizan en “(...) la encarnación de las fantasías, (...) la solución de sus problemas y el descubrimiento de la verdad (...) (Freud, 2001: 3027)”. Esta forma de satisfacción que Freud define como noble y elevada es sustitutiva y carece de la misma intensidad que la fuerza destructora. Además, no es para todos, lo que hace de este esfuerzo una condición excepcional, que bajo ninguna circunstancia es un seguro contra el sufrimiento, más bien configura una relación con la realidad donde la imaginación y el trabajo artístico proveen “(...) el goce de la obra de arte accesible aun al carente de dotes creadoras, gracias a la mediación del artista (Freud, 2001: 3028). No se trata de afirmar que el arte puede ocupar el lugar del sufrimiento pero sí reconocer en él una posibilidad que resguarde por un instante de fugaz placer del malestar que a cada uno habita, para retornar con otro ánimo al imperativo de la realidad.

El arte tiene entonces la capacidad de traducir algo del sufrimiento en una dosis de deleite pasajero. La poesía se juega en una palabra que permita hacerse a un nombre provisorio de lo real insoportable, incluso lo transforma como efecto del dominio del lenguaje. Poetizar tiene tanto de juego que sin dificultad puede pasar por una labor cándida, transparente y hasta trivial. Pero lo que Heidegger lee en Hölderlin es que ese juego inocente tiene lugar *con el más peligroso de los bienes*: El lenguaje. Esta relación extraña entre la inocencia y “(...) el más peligroso de los bienes” confluye en el hombre, entendido por el filósofo como “Aquel que ha de atestiguar lo que es” (Heidegger, 1983: 57). Esta atestación implica que en el hombre la manifestación es la propia existencia que expresa su pertenencia a la tierra. Lo anterior, le da una doble condición de heredero y aprendiz, tiene algo que a la vez ha de tomar, este movimiento que separa y une se resuelve en la intimidad creadora y destructora. Allí, da lugar a un mundo que a su vez emerge como caída. Esta condición del hombre se realiza en el poeta a partir de la determinación que lo sitúa en medio de una suprema exigencia en el caso de Hölderlin la de “(...) poetizar la esencia de la poesía” (Heidegger, 1983: 55).

Ese poetizar como testimonio en el lenguaje hace posible la historia de su pertenencia a la tierra. Asunto peligroso si se piensa que el lenguaje engaña y desengaña, revela a la vez que oculta, su riesgo consiste en que aquello que es el ser constituye su peligro. El lenguaje exalta el ser del hombre pero también lo pierde, el peligro es su necesidad, su cuidado y extravío, la palabra es pura y usual, corriente, que para darse se hace común. Esa sencillez la presenta como vacuidad pero en esa apariencia apuesta lo más auténtico de su decir. El lenguaje es propio del hombre, es la manera como a sí mismo se entiende y es la posibilidad de participar

del ser, es consecuencia y trabajo, disposición para captar el movimiento de la poesía en sí misma.

Para Heidegger el lenguaje se realiza cuando se puede oír y hablar en la forma más esencial de dirigirse, de llegar al otro, tal y como se lo indica el poeta: “Desde que somos una conversación (...)”. Conversar es “Hablarse uno a otro sobre algo” (Heidegger, 1983: 59). Así se puede entender que escuchar significa estar abordado por la necesidad de la palabra hablada, convenir en esa unidad en donde el ser del hombre sostiene su existencia más esencial, la conversación. Este dejarse llegar por la palabra del otro y orientarse a su encuentro, sucede como constancia y persistencia en el presente, tiempo desgarrado entre pasado y futuro, mudanza y permanencia, conversación en tiempo, en la que el hombre es ser histórico. Ser, lenguaje y conversación son lo originario del mundo y de los dioses que existen al ser nombrados, al hacerse palabra que exige “(...) responsabilidad de un destino” (Heidegger, 1983: 60), poesía que es fundación en y por la palabra.

El ser se funda en la poesía, el poeta nombra, da la palabra al ser de lo que existe y es creación, se entrega en cada palabra que fundamenta la existencia humana. Este es el mérito de la vida del hombre, lo que se provee es consecuencia de su propio cansancio, del regalo fundamental de su poética. Esta fundación por la poesía no tiene nada de inocente, es un trabajo peligroso porque el poeta es el que está expuesto a la noche, al rayo y la tormenta, su claridad es el testimonio del peligro, del ser arrojado al fundamento de su existencia. Para Heidegger el poeta es el que oye cómo hablan los dioses, capta sus señales y las hace palabras para la voz del pueblo. Allí reside la riqueza de la leyenda, en la poética y mítica fundación que interpreta lo sagrado. Y el poeta en medio, decidido, arrojado entre las sigilosas señales de los dioses y la voz del pueblo. Si para Heidegger Hölderlin es el poeta es porque “(...) ha consagrado a ese ámbito intermedio su palabra poética” (Heidegger, 1983: 66). El poeta es el del tercer ojo como Edipo, hombre entre los hombres, que vio más, que vio venir el tiempo del malestar, el que no desertó y se fundó en el tiempo de la carencia y la negación, “(...) en el ya-no de los dioses huidos y el todavía-no del que viene” (Heidegger, 1983: 67).

En este sentido, puede decirse que el ser del poeta y la esencia de la poesía dan consistencia a un entregarse en la palabra. El hacer de la condición de arrojado, la soledad que media entre dioses y hombres, configura el recurso para realizar la poesía en tiempos de necesidad. Esa suprema carencia en la que se agota la vida del hombre se hace obra en la vida del poeta, huella de su arraigo a la tierra, historia tejida en conversación que es común-uniión con los otros. El poeta es entonces el consagrado anunciador de la palabra nueva “(...) que realiza la verdad, representativamente y por tanto verdaderamente, para su pueblo” (Heidegger, 1983: 67). Esta verdad en tanto representación, este movimiento de tener algo que a la vez se ha de tomar, la realización del lenguaje como regalo y esfuerzo, hacen de la existencia humana una necesidad, una sed insatisfecha que puede ser creadora o destructora.

Ya se notaba en Freud que *hacer* con el sufrimiento, y a partir de Heidegger, con la permanencia en el arrojado y la soledad, no es algo dado a todos los hombres. Esto permite pensar en el poeta como un ser capaz

de una excepcional laboriosidad en el lenguaje con la que responde al eterno silencio de los dioses. El poeta se sabe en su desierto y desde allí cada palabra es una entrega que se da a quien se arriesgue a recibirla y conjugarla en conversación.

Sin embargo, gran parte de la forma del malestar en este tiempo es la insistencia en hacer olvidar lo más propio. El lugar de la conversación y el movimiento de darse y recibir a los otros, está siendo tomado, cada vez con mayor ventaja, por el simulacro y la evitación que proponen las actuales formas de comunicación. En la conversación el vínculo dialogal exige poner el cuerpo, dejar que la voz pase por la presencia y la mirada, el tacto y el olor del otro también dicen. El medio de comunicación protege del otro, de la incertidumbre, y la imagen cada día toma el lugar de la palabra, del diálogo como esfuerzo y como trabajo. Su estrategia lo muestra como promesa de efectividad, incluso de cercanía, de presencia segura, sin cuerpo, sin riesgo, tan virtualmente real. Gadamer, afirma en su ensayo *La incapacidad para el diálogo* (1971) que el diálogo es un arte en vía de extinción, a la que cada uno aporta cada vez que cierra su disposición de apertura a los demás. La práctica de este arte tan sustancial a la vida humana, como es el lenguaje en su realización poética y dialógica, está cayendo en la velocidad y el efectismo, esto lo torna inútil, poco productivo, y en la lógica del *time is money*, una pérdida de tiempo. En lo que no se repara es en la vida que con afán se desperdicia en prisa como práctica de la inautenticidad.

Gadamer dice que el significado de auténtico tiene el sentido de no falsificado y destaca que en griego se dice que: “Un verdadero amigo, oro de verdad, es decir auténtico, no el que tiene falsa apariencia de ser oro” (Gadamer, 2012: 17); pero no reduce la autenticidad a la superficialidad de un comportamiento sino que es una propiedad del carácter como la sinceridad y la franqueza. Cualidades cada vez más disueltas en las llamadas redes sociales donde la amistad como diferencia no se resuelve en la intimidad del diálogo sino que se inviste del oropel de los me gusta, de los seguidores, y de ahí la frontera a per-seguidores es cada vez más tenue. El efecto que esto trae, en no pocos casos, es acentuar la forma hostil y frustrante de las relaciones con los otros. Con el oropel de los seguidores se paga el creciente aumento de la individuación, la enemistad y la soledad, no una soledad exigente como la del poeta, sino tirana como la del onanista. Al respecto, da qué pensar la película *Her*, dirigida por Spike Jonze (2013), en la que un hombre se enamora de un sistema operativo. Un enamoramiento sin otro que no es más que un culto a la imagen, al individualismo al que inevitable e irreflexivamente tiende la sociedad.

El imperativo de vivir de prisa va desplazando al diálogo, a la lectura cuidadosa como fórmula para una escucha atenta, como preparación para el encuentro con los otros. Aquí la literatura puede ser un intento de recuperación del diálogo y la intimidad. Si se sigue a Gadamer cuando comenta que, incluso, desde los diálogos de Platón se intenta captar lo más vivo y lo más primigenio, testimoniado por el trabajo de una escritura que transcribe y hace literatura de una realidad. Esa devaluación del diálogo como síntoma del malestar de la época actual, puede traer a su vez un llamado a darse a la escucha de la voz de los poetas,

quienes insisten *ser* en la palabra, en la resistencia al silencio complaciente de la imagen y la inmediatez. El esfuerzo de este escrito insiste en invocar un voto por quienes se prueban en captar algo del ser en su emergencia y significación, como en la lectura, que hace a la imaginación creadora, poética, imagen sujeta a la palabra. Esto permite un acercamiento a lo que propone Ricoeur cuando señala que “el poeta es un artesano del lenguaje que engendra y configura imágenes por el solo medio del lenguaje” (Ricoeur, 2008: 106).

Contar con artesanos de la palabra en tiempos del malestar es contar con centinelas del diálogo, del ser que realiza el lenguaje en el encuentro con el otro, en ese darse que es conversación. Es el decir de una presencia mediadora entre ese silencio casi indiferente de los dioses y sus tímidas señales, y la prisa sorda de los hombres. Poetas en el tiempo del malestar, de las crisis, es una apuesta a la fundación del ser en una obra que no sólo es destrucción sino testimonio de su presencia en el mundo. Es recuperación del diálogo como índice de hacerse capaz de soportar la “(...) verdadera humanidad del hombre” (Gadamer, 2006: 209), dejarse decir algo, servirse del malentendido como ampliación y no reducción del sentido. ¿Y para qué poetas en tiempos de crisis? Porque “Todo lo que promueva el desarrollo de la cultura trabaja también contra la guerra” (Freud, 2006: 198) y, por consiguiente, puede, como el relato de Sherezada producir una palabra para prolongar la propia vida.

## Referencias

- Freud, S (2001) “El malestar en la cultura (1930)”. En: *Obras Completas Tomo VIII*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- \_\_\_\_\_ (2006) “El porqué de la guerra (1932)”. En: *Obras completas “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras” Tomo XXII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gadamer, H. (2012). “Oír-ver-leer (1984)”. En: *Arte y verdad de la palabra*. Barcelona: Paidós.
- \_\_\_\_\_ (2006). “La incapacidad para el diálogo (1971)” En: *Verdad y método II*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Heidegger, M. (1983). *Interpretaciones sobre la poesía de Hölderlin*. Barcelona: Ariel filosofía.
- Ricoeur, P. (2008). *Hermenéutica y acción: de la hermenéutica del texto a la hermenéutica de la acción*. Buenos aires: Prometeo.

---

## Notas

- (1). Citar este artículo como: Celis, C. (2016) “¿Y para qué poetas en tiempos del malestar? A propósito de Hölderlin y la esencia de la poesía de M. Heidegger”. En: *Revista La Tercera Orilla (17)*. Bucaramanga: Universidad Autónoma de Bucaramanga.
- (2). Artículo arbitrado por: Julián M. Pérez. Magíster en Literatura. Universidad de los Andes. Docente Universidad Autónoma de Bucaramanga.

